

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

EL ETERNO  
ADÁN

Julio Verne  
(1828-1905)

# EL ETERNO ADÁN

**Julio Verne**

## PROLOGO

Verne escribió este relato poco antes de morir. En su vejez abandonó el entusiasmo del dominio de la naturaleza por el hombre, mediante la tecnología, y nos presenta esta novelita en la que invita a reflexionar la relación de la humanidad con la infinitud del Universo.



## El eterno Adán

El zartog Sofr-Ai-Sr (es decir, el doctor, tercer representante masculino de la centésima primera generación de la estirpe de los Sofr), caminaba despacio por la calle principal de Basidra, capital de Hars-Iten-Schu (llamado también “El Imperio de los Cuatro Mares”). Efectivamente, cuatro mares, el Tubelone o Septentrional, el Ebone o Austral, el Spone u Oriental, y el Mérone u Occidental limitaban esta enorme región de forma muy irregular, cuyos puntos extremos (contando según las medidas que el lector conoce) llegaban al cuarto grado de longitud Este y el grado cincuenta y dos de longitud Oeste, y al grado cincuenta y cuatro Norte y el grado cincuenta y cinco Sur de latitud. En cuanto a la extensión respectiva de dichos mares, ¿cómo calcularla, siquiera de manera aproximada, si todos se entremezclaban, y un navegante que partiera de cualquiera de sus costas y siempre avanzara, llegaría necesariamente a la costa diametralmente opuesta? Porque en toda la superficie del globo no existía ninguna otra tierra que la de Hars-Iten-Schu.

Sofr caminaba lentamente, en primer lugar porque hacía mucho calor; comenzaba la estación ardiente, y sobre Basidra, ubicada a orillas del Spone-Schu, o más oriental, a menos de veinte grados al Norte de Ecuador, una tremenda catarata de rayos caía del Sol, cercano al cenit en ese momento.

Pero más aún que el cansancio o el calor, era el peso de sus pensamientos lo que volvía zozobante el andar de Sofr, el



sabio zartog. Enjugándose la frente con mano distraída, evocó la sesión que acababa de terminar, donde tantos oradores elocuentes, entre los que se encontraba con orgullo, habían celebrado esplendorosamente los ciento noventa y cinco años del imperio.

Algunos habían delineado toda su historia, es decir, la de la humanidad entera. Habían mostrado a Mahart-Item-Schu, la Tierra de los Cuatro Mares, dividida originariamente en una inmensa cantidad de poblaciones salvajes que se ignoraban entre sí. Las tradiciones más antiguas se remontaban a esas poblaciones. En cuanto a los acontecimientos anteriores, nadie los conocía, y las ciencias naturales apenas empezaban a vislumbrar un tenue resplandor en medio de las impenetrables tinieblas del pasado. En todo caso, aquéllas edades remotas escapaban a la crítica histórica cuyos primeros rudimentos estaban compuestos por nociones vagas, todas referidas a las antiguas poblaciones dispersas.

Por más de ocho mil años, la historia cada vez más completa y exacta de Mahart-Iten-Schu narraba solamente combates y guerras, al principio entre individuos, luego entre familias, y por último entre tribus, ya que cada ser viviente, cada comunidad grande o pequeña, tenía como único objetivo, a través de los siglos, asegurar su supremacía sobre sus enemigos, y se había esforzado, con distinta suerte, por someterlos a sus leyes.

A partir de esos ocho mil años, los recuerdos de los hombres se fueron precisando poco a poco. Al principio del segundo de



los cuatro períodos en que se dividían comúnmente los anales de Mahart-Iten-Schu, la leyenda comenzaba a merecer con creciente justicia el calificativo de historia. Además, ya fuera historia o leyenda, la materia de los relatos casi no variaba. Siempre eran masacres o matanza, no ya entre tribus, por cierto, si no entre pueblos, a tal punto que este segundo período no era, después de todo, muy diferente del primero.

Y lo mismo, sucedía con el tercero, que había concluido hacía apenas doscientos años, luego de una duración aproximada de seis siglos. Tal vez esta tercera época haya sido más atroz todavía, pues durante la misma, agrupados en ejércitos innumerables, los hombres habían regado la tierra con su sangre con insaciable furor.

En efecto, poco menos de ocho siglos antes del momento en que el zartog Sofr caminaba por la calle principal de Basidra, la humanidad se hallaba preparada para enormes convulsiones. En ese momento, las armas, el fuego, y la violencia ya habían llevado a cabo parte de su obra necesaria, pues los débiles habían sucumbido antes los fuertes y los hombres que poblaban Mahart-Iten-Schu conformaban tres naciones homogéneas, en cada una de las cuales el tiempo había ido atenuando las diferencias entre los vencedores y los vencidos de antaño. Fue entonces cuando una de estas naciones emprendió el sometimiento de sus vecinas. Situados en el centro de Mahart-Iten-Schu, los Andart'-Ha-Sammgor (Hombres de cara de Bronce) pelearon sin piedad para ampliar sus fronteras, dentro de la que se sofocaba su raza ardorosa y prolífica. Unos tras otros, a costa de guerras seculares, vencieron a los Andart'-



Mahart-Horis (Hombres del País de la Nieve), pobladores de las regiones del Sur, y a los Andart'-Mitra-Psul (Hombres de la Estrella Inmóvil), cuyo imperio se encontraba al Norte y al Oeste.

Habían pasado cerca de doscientos años desde que la última insurrección de estos dos pueblos había sido sofocada en torrentes de sangre, y la Tierra conocía al fin una historia de paz. Era el cuarto período de la historia. Un imperio único reemplazaba a las tres naciones antiguas, todos obedecían la ley de Basidra y la unión política tendía a fusionar las razas. Ya nadie hablaba de los Hombres del País de la Nieve ni de los Hombres de la Estrella Inmóvil y la tierra era sólo pisada por un único pueblo: los Andart'-Iten-Schu (Hombres de los Cuatro Mares), que reunía en su seno a todos los demás.

Pero transcurridos esos doscientos años de paz, parecía anunciarse un quinto período. Desde hacía algún tiempo circulaban rumores inquietantes, venidos de quién sabe dónde. Habían aparecido pensadores, para despertar en las almas recuerdos ancestrales que se creían perdidos para siempre. El antiguo sentimiento racial renacía bajo un aspecto diferente, caracterizado por palabras nuevas. Se hablaba comúnmente de *atavismo*, de *afinidades*, de *nacionalidades*, etc. Todos vocablos de reciente creación, que —por responder a una necesidad— habían adquirido al instante, derecho de ciudadanía. Siguiendo los factores comunes de origen: de aspecto físico, de tendencias morales, o simplemente de región o clima, aparecieron grupos que fueron creciendo poco a poco y ya empezaban a agitarse. ¿En qué terminaría esa evolución naciente? ¿Se disgregaría el



Imperio apenas formado? ¿Mahart-Iten-Schu se vería dividido como antes en una gran cantidad de naciones dispares, o al menos, para mantener su unidad, habría que recurrir nuevamente a las horribles hecatombes que, durante tantos milenios, habían convertido la tierra en un osario?

Sofr ahuyentó tales pensamientos con un movimiento de cabeza. Ni él ni nadie conocían el porvenir. ¿Por qué entristecerse de antemano ante hechos inciertos? Además, no era el indicado para meditar en esas hipótesis funestas. Era una jornada festiva y había que pensar únicamente en la majestuosa grandeza de Mogar-Si, el duodécimo emperador de Hars-Iten-Schu, cuyo cetro guiaba el universo hacia su destino glorioso.

Por otra parte, no faltaban motivos de regocijo para un zartog. Aparte del historiador que había trazado los esplendores de Mahart-Iten-Schu, una legión de sabios, en ocasión del grandioso aniversario, establecieron, —cada uno en su especialidad—, el balance del conocimiento humano indicando el punto al que había arribado la humanidad con su esfuerzo secular.

Ahora bien, si el primero había sugerido, con cierta mesura, algunas tristes consideraciones, al contar por medio de qué camino lento y tortuoso la humanidad había logrado librarse de su bestialidad original, los demás habían alimentado el orgullo legítimo de su público.

Sí; ciertamente la comparación entre lo que el hombre había sido, desnudo y desarmado sobre la tierra, y lo que era en ese momento, estimulaba la admiración. Durante siglos, a pesar de

sus discordias y odios fraticidas, no había interrumpido la lucha contra la naturaleza ni un instante, aumentando sin cesar el alcance de su victoria. Lentamente en un comienzo, su marcha triunfal se había acelerado de modo sorprendente desde hacía doscientos años, ya que la estabilidad de las instituciones políticas y la paz universal que surgía de ellas habían provocado un fantástico progreso en la ciencia. La humanidad había vivido para el cerebro y no sólo para sus miembros, en vez de consumirse en guerras insensatas; y, por eso en el transcurso de los dos últimos siglos había avanzado con paso cada vez más veloz hacia el conocimiento y la domesticación de la materia.

Sofr, mientras seguía caminando por la larga calle de Basidra bajo el Sol ardiente, esbozaba en su espíritu el panorama de las conquistas del hombre.

En primer lugar, —era algo que se desvanecía en la noche de los tiempos—, había imaginado la escritura con el fin de fijar el pensamiento; después —el invento se remontaba a más de quinientos años atrás—, había descubierto la manera de difundir la palabra es una cantidad casi infinita de ejemplares, mediante un molde único. En realidad, de este hallazgo derivaban todos los demás. Gracias a él, los cerebros se habían puesto en actividad, la inteligencia de cada uno se había visto acrecentada por la del prójimo, y los descubrimientos de orden teórico y práctico se habían multiplicado vertiginosamente, al punto de que era imposible contarlos.





El hombre había socavado las entrañas de la Tierra y extraía de allí el calor mineral o hulla, generoso proveedor de calor; había liberado las fuerzas latentes del agua y a partir de entonces el vapor arrastraba pesados convoyes sobre larguísimas tiras de hierro o activaban un sinnúmero de máquinas poderosas, delicadas y precisas. Gracias a tales máquinas, tejían las fibras vegetales y trabajaban a gusto los metales, el mármol y la roca.

En un dominio menos concreto o al menos de aprovechamiento menos directo o inmediato, fue penetrando gradualmente el misterio de los números, y recorrió –acercándose cada vez más al infinito– las verdades matemáticas. Gracias a ellas, su pensamiento había explorado el cielo. Sabía que el Sol era simplemente una estrella que gravitaba a través del espacio según leyes rigurosas, arrastrando consigo a los siete planetas de su cortejo en una órbita de fuego. Conocía el arte de combinar ciertos cuerpos brutos de modo tal que formaban cuerpos nuevos que no guardaran ninguna relación con los primeros, como el dividir otros cuerpos en sus elementos constitutivos y primordiales. Sometía el análisis del sonido, la luz, el calor y empezaba a definir su naturaleza y sus leyes. Cincuenta años antes había aprendido a producir esa fuerza de la cual el rayo y los relámpagos son la manifestación más aterradora, y pronto había logrado convertirla en su esclava; este agente misterioso ya transmitía a distancias inconcebibles el pensamiento escrito; mañana transmitiría el sonido; pasado mañana, qué duda cabe, la luz. Sí, el hombre era grandioso, más que el gigantesco



universo, al que en un día no muy lejano dominaría como amo y señor...

Entonces, para obtener la verdad integral, quedaría por resolver éste último problema: ese hombre, dueño del mundo, ¿quién era?, ¿de dónde venía?, ¿hacia qué fines desconocidos tendía su esfuerzo inagotable?

Precisamente, el zartog había tratado este vasto tema durante la ceremonia de la que acababa de salir. En realidad, no había hecho más que probarlos, porque semejante problema era insoluble en ese momento y sin duda lo seguiría siendo por mucho más tiempo. Sin embargo, algunos resplandores indefinidos comenzaban a iluminar el misterio. ¿No era el zartog Sofr, acaso, quien había lanzado los resplandores más potentes, cuando interpretando sistemáticamente las pacientes observaciones de sus predecesores y sus propias notas personales, había arribado a su ley de la evolución de la materia viva, ley admitida ahora universalmente y que no encontraba un solo detractor?

Esta teoría se sostenía en una base triple:

En primer término, sobre la ciencia geológica que, nacida el día mismo en que se excavaron las entrañas del suelo por primera vez, se había ido perfeccionando en relación con el desarrollo de las exploraciones mineras. La corteza del globo se conocía con tal exactitud que se atrevían establecer su edad en cuatrocientos mil años, y la de Mahart-Item-Schu en veinte mil años, tal como existía en ese momento. Antes, el continente yacía dormido bajo las aguas del mar, como lo testimoniaba la



densa capa de limo marítima que cubría, sin interrupción, las capas de roca subyacentes. ¿Mediante qué mecanismo había brotado de debajo de las olas? Evidentemente, luego de una contracción del globo al enfriarse. Fuera como fuese en tal sentido, el surgimiento de Mahart-Item-Schu debía ser considerado como seguro.

Las ciencias naturales le habían brindado a Sofr los otros dos cimientos de su sistema, al demostrar el estrecho parentesco de las plantas entre sí, y de los animales entre sí. Sofr había ido más lejos aún: había probado hasta la evidencia de que la mayoría de los vegetales existentes se relacionan con una planta marítima que era su ancestro, y que prácticamente todos los animales terrestres o aéreos derivaron de animales marítimos. Mediante una evolución lenta pero incesante, éstos se habían ido adaptando poco a poco a condiciones de vida, al principio cercanas y luego más alejadas de las que caracterizaron su vida primitiva y, de etapa en etapa, habían dado a luz a la mayor parte de las formas vivientes que habitaban la tierra y el cielo. Lamentablemente, esta ingeniosa teoría no era inobjetable. Que los seres vivos del reino animal o vegetal descendían de antepasados marítimos era algo que parecía indiscutible para la mayoría, pero no para todos. En efecto, existían algunas plantas y animales que parecían imposibles de relacionar con formas acuáticas. Ese era uno de los puntos débiles del sistema.

El hombre era el otro punto débil. Y Sofr no lo ocultaba. Entre el hombre y los animales no era posible ninguna proximidad. Por supuesto, las funciones y las propiedades primordiales, como la respiración, la alimentación y la

motricidad eran idénticas y se cumplían o se manifestaban de manera semejante a la sensibilidad, pero subsistía un abismo infranqueable entre las formas externas, la cantidad y la disposición de los órganos. Si era posible relacionar a la gran mayoría de los animales con antepasados salidos del mar, por medio de una cadena a la que le faltaban pocos eslabones, tal filiación resultaba inadmisibile en lo concerniente al hombre. Para conservar la teoría intacta de la evolución, era necesario imaginar gratuitamente la hipótesis de un tronco común entre los habitantes de las aguas y el hombre, tronco cuya existencia jamás se había demostrado de ninguna manera.

En algún momento, Sofr había esperado encontrar en el suelo, argumentos que favorecieran sus referencias. Durante muchos años se habían realizado excavaciones impulsadas y dirigidas por él, pero para arribar a resultados diametralmente opuestos de los que deseaba.

Después de traspasar una delgada película de humus formado por la composición de plantas y animales análogos o semejantes, a los que se veían diariamente, llegaron a la espesa capa de limo, en donde los restos del pasado habían cambiado de naturaleza. En este limo, ya no quedaban huellas de la flora y la fauna existentes, sino un acumulamiento colosal de fósiles exclusivamente marinos cuyos congéneres aún vivían frecuentemente en los océanos que rodeaban a Mahart-Item-Schu.

¿Qué conclusión podía sacarse, sino que los geólogos tenían razón al afirmar que el continente había servido de fondo a esos



mismos océanos en tiempos remotos, y que Sofr tampoco se equivocaba al dar por sentado el origen marítimo de la fauna y la flora contemporáneas? Pues —salvo excepciones tan escasas que uno hubiera podido considerarlas monstruosidades—, como las formas acuáticas y las formas terrestres eran las únicas cuyas huellas se encontraban, éstas habían sido engendradas necesariamente por aquéllas.

Por desgracia para la generalización del sistema, se hicieron más descubrimientos todavía. Diseminadas en todo el espeso campo de humus y hasta en la zona más superficial del depósito de limo, salieron a la luz innumerables osamentas humanas. No había nada fuera de lo común en la estructura de estos fragmentos de esqueleto, y Sofr se vio obligado a renunciar a exigirles los organismos intermediarios cuya existencia hubiera corroborado su teoría: eran, ni más ni menos, osamentas de hombres.

Sin embargo, no quedó mucho tiempo en quedar demostrada una particularidad bastante llamativa. Hasta determinada antigüedad —que podía calcularse groseramente en dos o tres mil años—, cuanto más antiguo era el osario, más pequeño era el tamaño de los cráneos. Contrariamente, más allá de ese período, la progresión se invertía, y, de ahí en adelante, cuanto más se retrocedía en el pasado, más aumentaba la capacidad de los cráneos y, por ende, la magnitud de los cerebros que habían albergado. El máximo fue encontrado justamente entre los restos, en verdad muy escasos, descubiertos en la superficie de la capa de limo. La observación minuciosa de estos venerables vestigios no permitía dudar que



el hombre en aquellos tiempos remotos hubo alcanzado un desarrollo cerebral muy superior al de sus sucesores (incluidos los propios contemporáneos del zartog Sofr). Esto indicaba que, durante ciento sesenta siglos o ciento setenta siglos, había ocurrido una regresión ostensible, seguida de una nueva ascensión.

Sofr, sorprendido por estos hechos inesperados, continuó con sus investigaciones.

La capa de limo fue atravesada de lado a lado sobre un espesor que, según las más discretas conjeturas, habría requerido por lo menos quince o veinte mil años de acumulación. Más allá, se encontraron leves restos de una antigua capa de humus. Luego, debajo de este humus, apareció la roca de naturaleza diversa según el sitio de las investigaciones. Pero lo que llevó el asombro a su punto culminante, fue el hecho de recoger restos de indudable origen humano, extraídos a esas misteriosas profundidades. Eran partes de esqueletos y fragmentos de armas o de máquinas, pedazos de vasijas, estelas, con inscripciones en un lenguaje desconocido, duras piedras talladas delicadamente, algunas veces esculpidas como estatuas casi perfectas, capiteles finamente trabajados, etc. Todos estos hallazgos llevaron a inferir que alrededor de cuarenta mil años antes –o sea, veinte mil antes del momento en que habían surgido los primeros habitantes de la raza contemporánea, no se sabía cómo ni de dónde–, el hombre ya había vivido en esos mismos lugares y había alcanzado un grado muy avanzado de civilización.



Tal fue la conclusión generalmente aceptada, aunque hubo por lo menos un disidente, y este disidente era Sofr. Aceptar que otros hombres, separados de sus sucesores por un tiempo de cuarenta mil años, hayan habitado la Tierra por primera vez era, en su opinión, pura locura. ¿De dónde vendrían, entonces, esos descendientes de ancestros extinguidos hacia tanto tiempo, y a los que no unía ningún vínculo? Antes que admitir semejante hipótesis, era preferible mantenerse a la expectativa. Que tales hechos singulares no hayan sido explicados no implican necesariamente que fuesen inexplicables. Alguna vez serían interpretados. Hasta el momento convenía no darles cabida y continuar sujeto a los principios que satisfacen plenamente la razón pura.

La vida del planeta se divide en dos etapas: antes del hombre y después del hombre. En la primera, la Tierra, en estado de transformación permanente es, por esto mismo, inhabitable e inhabitada. En la segunda, la corteza del globo ha alcanzado un grado de solidez que permite la estabilidad. Luego, al contar por fin con un sustrato firme surge la vida. Se inicia con las formas más elementales, y va complicándose hasta arribar finalmente al hombre, su más perfecta y acabada expresión. Una vez sobre la Tierra, el hombre emprende de inmediato y sin descanso el camino hacia su objetivo, que es el conocimiento perfecto y el dominio absoluto del universo.

Sofr, empujado por el ardor de sus convicciones, había pasado de largo su casa. Cuando se percató, dio media vuelta a regañadientes.

—¡Vamos! —se decía—. ¡Aceptar que el hombre tendría cuarenta mil años! ¡Qué haya alcanzado un grado de civilización comparable, o hasta superior, a este que gozamos actualmente, y que sus conocimientos y logros hayan desaparecido sin dejar el más mínimo rastro, al punto de obligar a sus descendientes a reemprender la obra desde su base, como si fueran los pioneros de un mundo jamás habitado antes que ellos! ¡Eso sería negar el porvenir, proclamar que nuestro esfuerzo es inútil y que todo progreso es tan precario e inseguro como una burbuja de espuma flotando entre las olas!

Sofr se detuvo frente a su casa.

—¡Upsa ni!... ¡Hartchok! ... (¡No! ¡No!... ¡De veras!) ¡Andart' mir' hôe Spha!... (¡El hombre es el amo de las cosas!)  
—balbuceó empujando la puerta.

Luego de descansar unos instantes, el zartog almorzó con apetito frugal y se acostó para hacer su siesta diaria. Sin embargo, las preguntas removidas al regresar a su hogar lo seguían obsesionando y le agitaban el sueño.

Por más que su deseo fuese establecer la unidad intachable de los métodos de la naturaleza, tenía suficiente espíritu crítico como para reconocer la debilidad de su sistema ni bien se abordara el problema del origen y la formación del hombre. Ordenar los hechos para que se ajusten a una hipótesis previa es una manera de tener razón contra los demás, no contra uno mismo.





Si, en lugar de ser un sabio, un zartog sobresaliente, Sofr hubiese pertenecido a la clase de los iletrados, tal vez hubiese estado menos incómodo. En efecto, el pueblo –sin perder el tiempo en hondas especulaciones– se contentaba con aceptar ciegamente la antigua leyenda transmitida de padres a hijos, desde tiempos inmemoriales. Esta explicaba el misterio con otro misterio: hacía remontar el origen del hombre a la intervención de una de una voluntad superior. Un buen día, esta potencia extraterrena había creado de la nada a Hedom e Hiva, el primer hombre y la primera mujer, cuyos descendientes habían poblado la tierra. Así, todo encajaba con suma sencillez.

¡Con demasiada sencillez!, pensaba Sofr.

Es fácil hacer intervenir a la divinidad cuando unos se desesperan para comprender algo. De esa manera se vuelve inútil la búsqueda de la solución de los enigmas del universo, pues los problemas son eliminados ni bien quedan planteados.

¡Si al menos la leyenda popular tuviese la apariencia de una base sólida! Pero descansaba sobre la nada. Era simplemente una tradición, nacida en tiempos de ignorancia y transmitida a través de los siglos. Hasta ese momento “Hedom” ¿de dónde provenía ese vocablo singular, de sonoridades extranjeras, que parecía no pertenecer al idioma de los Andart'-Iten-Schu? Sólo ante ese pequeño enigma filosófico habían sucumbido una infinidad de sabios, sin encontrar una respuesta válida.

¡Vamos, eran todas tonterías, indignas de absorber la atención de un zartog! Irritado, Sofr bajó a su jardín. Era la hora en que solía hacerlo. El sol declinante esparcía sobre la tierra un

calor menos vivo y una brisa tibia comenzaba a soplar desde el Spone-Schu. El zartog deambuló por las avenidas a la sombra de los árboles, cuyas hojas trémulas susurraban al viento y, de a poco, sus nervios recuperaron el equilibrio acostumbrado. Logro ventilar sus absorbentes pensamientos, disfrutar del aire libre con tranquilidad, interesarse por los frutos –riqueza de los jardines– y por las flores, su adorno.

Lo azaroso del paseo lo llevó hacia la casa y se detuvo al borde de una honda excavación, junto a la cual yacían numerosas herramientas. Pronto estarían terminados allí los cimientos de un nuevo edificio que tendría el doble de la superficie de su laboratorio. Pero en aquel día festivo, los obreros habían suspendido el trabajo para entregarse al placer.

Sofr calculaba maquinalmente el trabajo realizado y lo que aún quedaba por hacer, cuando, entre las sombras de la excavación, un destello atrajo su mirada. Intrigado, bajo al fondo del pozo, allí quitó la tierra a un extraño objeto, que lo cubría en sus tres cuartas partes.

De nuevo, a la luz del día, examino su descubrimiento. Era algo semejante a un estuche, de un metal desconocido, gris y granuloso, cuya prolongada permanencia en el suelo había disimulado su brillo. Había una hendidura en la tercera parte de su longitud, que señalaba que el estuche estaba compuesto por dos partes que se ajustaban entre sí. Sofr intentó abrirlo.

Al primer intento, el metal –disgregado por el tiempo– se deshizo, dejando a la vista un segundo objeto que yacía en su interior.

Para el zartog, la materia de este nuevo objeto era tan novedosa como el metal que la había recubierto. Era un rollo de pequeñas hojas superpuestas y plagada de extraños signos, cuya regularidad señalaba que se trataba de caracteres de escritura, pero de una escritura ignorada, diferente a las que Sofr había visto jamás. Temblando de emoción, el zartog fue a encerrarse a su laboratorio y luego de acomodar cuidadosamente el precioso documento, lo observó.

Sí, era escritura, no cabía duda alguna. Pero tampoco podía dudarse que esa escritura no guardaba relación con ninguna de las que se habían practicado sobre toda la superficie de la Tierra, desde el origen de los tiempos históricos.

¿De dónde provenía ese documento? ¿Qué significaba? Tales preguntas se formularon por sí solas al espíritu de Sof.

Para responder la primera, era necesario estar en condiciones de contestar la segunda. Se trataba, en primer lugar, de leer y al instante de traducir; porque se podía asegurar *a priori* que el idioma del documento sería tan desconocido como su escritura.

¿Era algo posible? Al zartog Sofr no le parecía tal cosa y se puso a trabajar febrilmente, sin demora.

El trabajo le llevó mucho tiempo, años enteros. Sofr no se cansó. Prosiguió sin desalentarse, el estudio pormenorizado del documento misterioso, avanzando paso a paso hacia su esclarecimiento. Al final llegó el día en que fue dueño de la clave del indescifrable jeroglífico, llegó el día en que, todavía

con gran zozobra y gran esfuerzo, logró traducirlo al idioma de los Hombres de los Cuatro Mares.

Ahora bien, cuando ese día llegó, el zartog Sofr-Ai-Sr leyó lo que sigue:

Rosario, 24 de mayo de 2...

Fecho así el comienzo de mi narración, aunque en verdad haya sido redactada en otra fecha, mucho más próxima y en muy distintos lugares. Pero en tales asuntos, considero que el orden es imperiosamente necesario, y por eso elijo la forma de un «diario» escrito día a día.

Por lo tanto, es el 24 de mayo cuando se inicia el relato de los horribles sucesos que aquí se registra para la enseñanza de los que vendrán después de mí, si es que el género humano todavía tiene posibilidades de contar con algún tipo de futuro.

¿En qué idioma escribiré esto? ¿En inglés, o en español que domino con soltura? ¡No! Lo haré en el idioma de mi país: en francés.

Aquéel día –24 de mayo– había reunido a ciertos amigos en mi residencia de Rosario. Rosario es –o, mejor dicho, era– una ciudad de México, situada a orillas del Pacífico, algo al Sur del golfo de California. Doce años atrás me había establecido allí para dirigir la explotación de una mina de plata de mi propiedad. Mis negocios habían progresado de una manera sorprendente. Era rico, muy rico en realidad –¡hoy esa palabra

me hace reír! —, y tenía el plan de volver pronto a Francia, mi tierra de origen.

Mi lujosa residencia se hallaba situada en el punto más elevado de un inmenso jardín que bajaba en pendiente hacia el mar, y se interrumpía bruscamente en un acantilado de más de cien metros de altura que caía en picada. Detrás de mi residencia, el terreno seguía subiendo y por senderos serpenteantes era posible llegar a la cima de las montañas, cuya altura superaba los mil quinientos metros. Constituía frecuentemente un bello paseo: yo había efectuado la ascensión en automóvil, un doble Faetón magnífico y poderosos treinta y cinco caballos, de una de las mejores marcas francesas.

Vivía en Rosario con mi hijo Jean, un joven apuesto de veinte años, cuando, debido a la muerte de parientes lejanos en lo sanguíneo, pero muy próximos a mi corazón, me hice cargo de su hija, Hèléne, que quedó huérfana y desamparada. Habían transcurrido cinco años desde entonces. Mi hijo Jean tenía veinticinco años y mi pupila Hèléne veinte. En lo más profundo de mi alma, los veía unidos por el destino.

Nuestra servidumbre estaba compuesta por el mayordomo Germain; por un chofer de lo más despierto, Modesto Simonat; por mi jardinero George Raleigh y su mujer Anna, y las hijas de ambos, Edith y Mary.

Aquél 24 de mayo, nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa, iluminados por lámparas alimentadas por equipos electrógenos instalados en el jardín. Había cinco comensales más, aparte del dueño de casa, su hijo y su pupila, tres de los



cuales pertenecían a la raza anglosajona, y dos a la nación mexicana.

El doctor Bathurst contábase entre los primeros y el doctor Moreno entre los segundos. Ambos eran sabios en el sentido cabal del término, lo que no impedía que estuviesen frecuentemente en desacuerdo. Por lo demás, eran excelentes personas y de los mejores amigos del mundo.

Los dos anglosajones restantes se apellidaban Williamson, propietario de una importante factoría pesquera de Rosario, y de Rowling, un hombre osado que había fundado un establecimiento de horticultura que pronto le proporcionaría una fortuna considerable.

Con respecto al último comensal, se trataba del señor Mendoza, presidente del tribunal de Rosario, persona estimable, cultivado espíritu y juez íntegro.

Llegamos al final de la comida, sin incidentes dignos de mención. Las palabras pronunciadas hasta ese momento las he olvidado. No así lo que se dijo mientras fumábamos nuestros cigarros.

No significa que tales frases guarden en sí mismas una importancia particular, pero el brutal comentario, de que serían objeto muy pronto, no deja de brindarles algún interés y por eso no las he olvidado todavía.

Terminamos por hablar —¡No importa cómo!— de los progresos asombrosos alcanzados por el hombre. El doctor bathurst intervino en cierto momento.

—¡Está claro que si Adán (lo pronunciaba Edem, como es natural en el anglosajón) y Eva (lo pronunciaba Iva, lógicamente) regresaran a la Tierra, quedarían de lo más sorprendidos!

Así comenzó la discusión. Moreno, darwinista a ultranza, firme partidario de la selección natural, preguntó a Bathurst irónicamente, si éste le daba crédito a la leyenda del paraíso terrenal. Bathurst que al menos creía en Dios, y que, dado que la existencia de Adán y Eva tenían sustento en la Biblia, no era capaz de contradecirla. Moreno, a su vez, replicó que creía en Dios, aunque más no sea como su adversario, pero que el primer hombre y la primer mujer tranquilamente podían ser mitos, símbolos, y que no era un sacrilegio figurarse que la Biblia había querido representar de ese modo el soplo vital insuflado por la potencia creadora en la primera célula, de la que habían surgido todas las demás. Para Bathurst, tal explicación era engañosa, y en su opinión, ser obra directa de la divinidad era preferible a provenir de ella a través de primates más o menos siniestros....

La discusión amenazaba subir de tono, pero se detuvo de repente; ambos oponentes habían encontrado casualmente una zona de común entendimiento. Por lo demás, esas cosas casi siempre terminaban así.

Ahora, retomando el primer tema de la conversación, ambos antagonistas coincidieron en admirar, más allá del tema del origen de la humanidad, la elevada cultura a la que habían arribado. Con orgullo fueron enumerando sus conquistas.

Todas desfilaron. Bathurst alabó la química, llevada a tal grado de perfección que propendía a desaparecer para confundirse con la física, dos ciencias que terminarían siendo una sola y cuyo objeto se centraría en el estudio de la energía inmanente. Moreno, elogió la medicina y la cirugía, mediante las cuales se habían ahondado en la naturaleza secreta del fenómeno de la vida y cuyos hallazgos extraordinarios dejaban entrever en un futuro no muy lejano la inmortalidad de los seres animados. Luego se felicitaron por las alturas alcanzadas por la astronomía. ¿No se dialogaba, acaso, con siete de los planetas del sistema solar, mientras se esperaba a las estrellas?

{Se deduce de estas palabras que, en el momento en que este diario sea divulgado, el sistema solar comprenderá más de ocho planetas, y que el hombre descubrirá uno o más después de Neptuno (nota del autor)}.

Pasado el entusiasmo inicial, los dos apologistas decidieron tomarse un descanso. A su vez, los demás comensales aprovecharon para intercambiar algunas palabras, y se ingresó en el terreno gigantesco de los inventos prácticos que habían modificado tan hondamente la condición de la humanidad. Fueron festejados los ferrocarriles y los vapores, imprescindibles para el transporte de mercaderías pesadas e incómodas; las aeronaves económicas, utilizadas por los viajeros que disponen de tiempo, los tubos neumáticos o electro-iónicos que surcan todos los mares y continentes, adoptados por las personas con prisa. Festejaron las innumerables máquinas, cada cual más ingeniosa que la anterior, y que, con una sola de ellas puede realizarse la tarea





de cien hombres en ciertas industrias. Festejaron la imprenta, la fotografía de los colores, la luz, del sonido, del calor y de todas las vibraciones del éter. Festejaron ante todo la electricidad, ese agente extremadamente ágil y dócil, conocido tan a la perfección en su esencia y en sus cualidades que permite, sin conector material alguno, tanto activar un mecanismo cualquiera, como dirigir una nave de superficie –submarina o aérea–, o escribirse, hablarse o verse, sin importar la distancia.

Resumiendo, aquello un verdadero ditirambo en el que, lo confieso, tomé parte activa.

Acordamos que el progreso alcanzado por la humanidad era impensable antes de nuestra época, y que, por lo tanto, permitía creer en su triunfo definitivo sobre la naturaleza.

–Sin embargo... –dijo el juez Mendoza con su vocecita aflautada, sirviéndose del momento de silencio que siguió a esta conclusión–, oí hablar de pueblos hoy desaparecidos sin dejar el mínimo rastro, que ya habían alcanzado un grado de civilización igual o análogo a la de la nuestra.

–¿Cuáles? –preguntaron todos a la vez.

–¡Bien! Los babilonios, por ejemplo.

Hubo una explosión de carcajadas. ¡Ser capaz de comparar a los babilonios con los hombres modernos!

–Los egipcios –continuó imperturbable Mendoza.

Se rieron todavía más de él.



—Contemos también a los atlantes, nuestra ignorancia los convierte en legendarios —siguió diciendo el presidente—. ¡Agreguemos a eso la posibilidad de que una infinidad de humanidades diferentes, anteriores a los mismos atlantes, hayan nacido, prosperado y extinguido sin que lo sospechemos siquiera!

Debido a que don Mendoza se obstinaba en su paradoja, se convino en fingir que lo tomábamos en serio, para no ofenderlo.

—Escuche, querido juez —insinuó Moreno, con el tono de voz que se utiliza para hacer entrar en razón a un chiquillo—, supongo que usted no pretenderá que alguno de esos pueblos arcanos puedan compararse con el nuestro, ¿no es así?.. Reconozco que en el orden moral alcanzaron un nivel equivalente de cultura, ¡pero en el orden material!

—¿Por qué no? —replicó Mendoza.

—Porque —se apuró a explicar Bathurst—, nuestros inventos tienen la característica de ser difundidos al instante por todo el globo: la desaparición de un solo pueblo, o incluso de muchos pueblos, no modificaría en absoluto la suma del progreso conseguido. Para que no quedara rastro alguno del esfuerzo humano, debería desaparecer toda la humanidad al mismo tiempo. ¿No es esa, le pregunto, una hipótesis admisible?

Mientras seguíamos conversando, en el infinito del universo continuaban engendrándose recíprocamente los efectos y las causas, y, antes de transcurrido un minuto, luego de la réplica

del doctor Bathurst, la resultante total no iba a hacer más que confirmar el escepticismo de Mendoza. Pero lejos estábamos de sospecharlo y hablamos plácidamente, algunos reclinados sobre el respaldo de los sillones, otros acodados sobre la mesa, en fin, todos dirigiendo miradas piadosas hacia Mendoza, a quien creíamos aplastado por la argumentación de Bathurst.

—En principio —contestó el juez, sin conmovirse—, debemos reconocer que la Tierra contaba antes con menos habitantes que ahora, de modo tal que un pueblo tranquilamente podía ser el único dueño del saber universal. Luego, no considero una extravagancia, *a priori*, la posibilidad de que toda la superficie del globo se vea perturbada al mismo tiempo.

—¡Vamos, vamos! —prorrumpimos al unísono.

Fue en ese preciso momento cuando sobrevino la hecatombe.

Todavía pronunciábamos aquél *¡vamos, vamos!*, cuando se alzó un estruendo aterrador. El suelo tembló y se partió bajo nuestros pies; la residencia osciló bajo sus cimientos.

Tropezando y lastimándonos, víctimas de un terror indescriptible, nos abalanzamos al exterior.

Ni bien cruzamos el umbral, la casa se desplomó en un solo bloque, enterrando bajo sus escombros al juez Mendoza y a mi mayordomo Germain, que venían últimos.

Luego de unos segundos de locura generalizada, nos aprestábamos a socorrerlos, cuando vimos a Raleigh, mi



jardinero, seguido por su esposa, viniendo hacia nosotros desde la parte más baja del jardín, donde vivía.

— ¡El mar...! ¡El mar...! — gritaba a voz de cuello.

Giré en dirección al océano y quedé petrificado. No es que distinguiera claramente lo que veía, pero de inmediato tuve la nítida impresión de que la perspectiva acostumbrada había cambiado. Ahora bien, ¿no bastaba que el aspecto de la naturaleza, que considerábamos esencialmente inmutable, se hubiese alterado de manera tan extraña en apenas unos segundos, para helar el corazón de horror?

Sin embargo, enseguida recuperé mi sangre fría. La verdadera superioridad del hombre no consiste en dominar, en vencer a la naturaleza; es, para el hombre de acción, mantener el ánimo sereno ante la rebelión de la materia, es poder decirle: “¡Qué me aniquile, sea! ¡Pero conmovirme, eso nunca!”

En cuanto recobré la tranquilidad, descubrí las diferencias entre el cuadro que tenía ante mis ojos y aquél que solía contemplar. El acantilado ya no existía, y mi jardín había descendido hasta el nivel del mar; las olas, luego de haber destrozado la casa del jardín, batían con furia contra mis arriates más bajos.

Como parecía poco probable que el nivel del agua hubiese subido, la tierra debería de haber bajado. El descenso superaba los cien metros, pues el acantilado tenía antes dicha altura, pero había ocurrido con alguna suavidad porque apenas nos

habíamos percatado de ello, lo que justificaba la aparente calma del océano.

Un rápido examen me persuadió de que mi hipótesis era acertada y también me permitió corroborar que el descenso no había terminado aún. Efectivamente, el mar seguía avanzando, a una velocidad que calculé próxima a los dos metros por segundo; es decir, siete u ocho kilómetros por hora. Considerando la distancia que nos separaba de las olas más cercanas, y si la velocidad de caída se mantenía uniforme, seríamos engullidos en menos de tres minutos.

Me decidí de inmediato.

— ¡Al auto! — exclamé.

Fui comprendido. Todos nos abalanzamos a la cochera y empujamos el auto al exterior. En un abrir y cerrar de ojos llenamos el tanque de combustible y luego nos acomodamos como mejor pudimos... Simonat, mi chofer, puso el motor en marcha, saltó al volante, embragó y arrancó en cuarta por el sendero, mientras Raleigh, luego de haber abierto el portón, se colgó del auto al pasar y se asió con fuerza a los muelles traseros.

¡Justo a tiempo! El oleaje, rompiendo, mojó las ruedas hasta el eje en el momento en que el auto llegaba al camino. ¡Bah! ya podíamos reírnos del acoso del mar. Mi fiel vehículo nos mantendría fuera de su alcance a pesar de su carga excesiva, salvo que el descenso hacia el abismo continuase indefinidamente... Como sea, delante de nosotros teníamos



campo: por lo menos, dos horas de ascensión y una altura disponible de alrededor de mil quinientos metros.

De todas maneras, pronto reconocí que no convendría cantar victoria de antemano. Luego del primer salto del vehículo, que nos lanzó a unos veinte metros de la línea de espuma, de nada sirvió que Simonat aumentara la entrada de combustible: la distancia no varió. Era evidente que el peso de las doce personas hacía la marcha más lenta. Por el motivo que fuese, esta marcha equivalía a la del agua invasora, que se mantenía imperturbablemente a la misma distancia.

En seguida nos enteramos de este inquietante hecho, y todos –salvo Simonat, ocupado en manejar el coche– nos dimos la vuelta para mirar el camino que dejábamos atrás. Todo era agua. A medida que avanzábamos, la ruta iba desapareciendo bajo el mar. Este, sin embargo, se había calmado. Sólo unas pequeñas olas venían a morir plácidamente sobre una grava siempre nueva. Era un lago pacífico que crecía y crecía, con un movimiento uniforme, y ninguna tragedia podía equipararse a la persecución de aquella agua mansa. Huíamos en vano; el agua subía con nosotros, implacable...

Con los ojos fijos en la ruta, Simonat tomó una curva y dijo:

–Nos hallamos en la mitad de la pendiente. Todavía tenemos una hora de subida. Nos estremecemos: ¡Llegaríamos a la cima en una hora, y luego deberíamos bajar, siempre perseguidos, esta vez alcanzados sin remedio, fuera cual fuese nuestra velocidad, por las masas líquidas que se desplomarían en avalancha detrás de nosotros! La hora fijada transcurrió sin



que nuestra situación se modificara en absoluto. Cuando ya divisábamos el punto culminante de la cuesta, el auto pegó una violenta sacudida y pegó un bandazo que por poco lo estrella contra el talud de la ruta. Simultáneamente una inmensa ola se infló detrás de nosotros dispuesta a saltar el camino, se ahuecó, y por último rompió sobre el coche, que quedó rodeado de espuma...

¿Así que terminaríamos siendo tragados por el agua?

¡No!

El agua se retiró burbujeante, mientras el motor, apurando de repente sus jadeos, aumentaba nuestra velocidad. ¿Cuál era la causa del brusco aumento de velocidad? El grito de Anna Raleigh nos lo hizo saber: tal como la desdichada mujer nos hizo comprobarlo, su marido ya no iba aferrado a los muelles.

Era evidente que la sacudida había arrojado al desgraciado, y por lo mismo, el coche ya sin lastre, escalaba la cuesta con mayor facilidad.

De pronto, se detuvo abruptamente.

—¿Qué sucede? —le pregunté a Simonat— ¿Alguna avería?

Hasta en circunstancias semejantes, el orgullo profesional no perdía sus derechos: Simonat se encogió de hombros con indiferencia, queriendo significar de esa manera que la avería era algo desconocido para un chofer de su categoría, y alzando silenciosamente la mano, señaló hacia adelante. Comprendí entonces el motivo de la detención.

A menos de diez metros de nosotros, la ruta estaba cortada. Y «cortada» es la palabra exacta, pues parecía rebanada por un cuchillo. Más allá de una desnuda saliente que la interrumpía abruptamente, había un vacío, un tenebroso abismo en cuyo fondo era imposible vislumbrar nada.

Nos dimos la vuelta, enloquecidos, convencidos de que nuestra última hora había llegado. El océano, que nos había perseguido hasta esas alturas, nos alcanzaría indefectiblemente en unos segundos...

Todos, excepto la pobre Anna y sus hijas, que sollozaban hasta partirnos el alma, lanzamos una exclamación de asombro. No, el agua no había persistido en su ascensión, o, mejor dicho, la tierra había dejado de hundirse. Sin duda, la tremenda sacudida que acabamos de sufrir había sido la última manifestación de la hecatombe. El océano había detenido su marcha, y su nivel se mantenía cerca de cien metros por debajo del sitio en donde estábamos, reunidos alrededor del auto que aún se estremecía, semejante a un animal sofocado, tras la veloz carrera.

¿Nos sería posible salir de aquél mal trance? Lo sabríamos a la luz del día. Por el momento, sólo restaba esperar. Unos tras otros, nos echábamos sobre el sueño ¡y –Dios me perdone– creo haberme dormido!

Un ruido espantoso hizo que despertara sobresaltado. ¿Qué hora es? No lo sé. De cualquier manera, continuábamos sepultados en las tinieblas de la noche.





El ruido proviene del abismo insondable en el que se ha precipitado la ruta. ¿Qué ocurre? Juraría que allí caen masas de agua en cataratas, que gigantescas olas se entrechocan con furia. Sí, de eso se trata, pues llegan hasta nosotros volutas de espuma y el rocío del mar nos envuelve.

Después, poco a poco, renace la calma...

Todo vuelve a recuperar su silencio... El cielo palidece...  
Despunta el día...

25 de mayo

¡Qué tormento es el lento descubrimiento de nuestra situación! En un principio descubrimos sólo nuestros alrededores inmediatos, pero el círculo crece, crece continuamente, como si nuestra desesperanza hubiese levantado uno a uno una infinita cantidad de sutiles velos; y al fin reina una luz plena, que acaba con nuestras ilusiones.

Nuestra situación es sumamente sencilla, y se la puede describir con muy pocas palabras: nos hallábamos sobre una isla. Por todas partes nos rodea el mar. Ayer, alcanzamos a divisar un océano repleto de cumbres, muchas de las cuales dominaban la que ahora nos sustenta: todas ellas han desaparecido, mientras que —por causa s que permanecerá ignoradas para siempre— la mar de hoy, más humilde, ha frenado su serena caída; donde estaban las cumbres sólo hay una ilimitada capa de agua. Por todos los costados, únicamente



el mar. Ocupamos el único punto sólido del enorme círculo descrito por el horizonte.

Con sólo echar un vistazo reconocemos en toda su extensión el islote, donde una suerte excepcional nos ha hecho encontrar refugio. Es pequeño, en efecto: mil metros de largo como máximo, y quinientos en la dimensión contraria. Su cima, que se alza a unos cien metros por encima de las olas, se une con las costas Norte, Oeste y Sur mediante una pendiente bastante suave. Por el contrario, hacia el este, el islote termina en un acantilado que cae en picada en el océano.

Nuestros ojos miran casi siempre hacia ese costado. En esa dirección deberíamos ver montañas escalonadas y más allá, todo México. ¡Qué alteración en el lapso de una breve noche de primavera! ¡Las montañas ya no están, y México fue tragado por las aguas! ¡En su lugar hay un infinito desierto, el árido desierto del mar!

Nos miramos con espanto. Atrapados sin víveres ni agua, sobre esta desnuda y estrecha roca, no podemos albergar la más mínima esperanza. Nos acostamos sobre el suelo, huraños, y comenzamos a aguardar la muerte.

A bordo del Virginia

¿Qué sucedió durante los días siguientes? No lo recuerdo. Supongo que finalmente perdí el conocimiento: recién recuperé la conciencia a bordo del barco que nos recogió. Fue entonces cuando supe que habíamos estado diez días completos en el



islote, y que dos de nosotros –Williamson y Rowling– murieron allí a causa de la sed y el hambre. De las quince personas que albergaba mi residencia cuando ocurrió el cataclismo, apenas quedan nueve: mi hijo Jean y mi pupila Hèléne, mi chofer Simonat, desconsolado luego de la pérdida de su vehículo, Anna Raleigh y sus dos hijas, los doctores Bathurst y Moreno, y finalmente yo, que redacto estas líneas con apuro, para instrucción de las futuras razas, si existe alguna posibilidad de que nazcan.

El Virginia, sobre el que viajamos, es un navío mixto –a velas y a vapor–, de alrededor de dos mil toneladas, destinado al transporte de mercancías. Es un barco bastante lento y viejo. El capitán Morris tiene bajo sus órdenes a veinte hombres, todos son ingleses.

Hace aproximadamente un mes, el Virginia zarpó de Melbourne con destino a Rosario. Ningún percance marcó el viaje, con excepción –durante la noche del 14 al 25 de mayo– de una serie de olas de mar de fondo de prodigiosa altura, pero de proporcionada longitud, lo que las hacía inofensivas. Estas olas, por extrañas que resultaran, no podían hacer que el capitán sospechara el cataclismo que estaba sucediendo en ese mismo instante. En efecto, quedó muy sorprendido al encontrar únicamente el mar en el lugar en donde esperaba avistar Rosario y la costa mexicana. De esta costa quedaba sólo un islote. Un bote del Virginia abordó ese islote, en donde descubrieron once cuerpos inertes. Dos ya eran cadáveres; embarcaron a los nueve restantes. Así fue como nos salvamos.



En tierra. Enero o febrero

Un lapso de ocho meses separa las últimas líneas de lo anterior, de estas que ahora escribo. Las fecho en enero o febrero, ante la imposibilidad de ser más preciso, porque ya no tengo una noción exacta del tiempo.

Estos ocho meses conforman el período más espeluznante de nuestras desdichas, le período en que por etapas que sucedieron cruelmente, conocimos toda la magnitud de nuestro infortunio.

Luego de recogernos, el Virginia siguió a todo vapor su ruta hacia el Este. Cuando volví en mí, el islote en donde estuvimos a punto de desaparecer había quedado tras el horizonte, hacía tiempo. Según las medidas que tomó el capitán en un cielo despejado, estábamos navegando en el sitio preciso en donde tendría que haber estado México. Pero no quedaba un solo rastro de México: sólo el que ya habían descubierto, estando desmayado, de las montañas centrales; no más que el que ahora distinguían por encima de toda la Tierra, y por lejos que abarcara la vista; por todos lados, sólo veíamos el mar inconmensurable.

Existía algo verdaderamente enloquecedor en semejante comprobación. Sentíamos que estábamos a un paso de perder la razón. ¡Todo México sumergido bajo las aguas!

Cruzábamos miradas de espanto preguntándonos hasta donde habrían llegado los estragos de la horrible hecatombe.



En tal sentido, el Capitán quiso saber a qué atenerse; cambiando el rumbo, enfilamos hacia el Norte: si México había desaparecido, resultaba inadmisibile que lo mismo hubiera sucedido con todo el continente americano.

Así era, sin embargo. Durante doce días subimos en vano hacia el Norte sin encontrar tierra, y lo mismo ocurrió luego de virar en redondo y dirigirnos hacia el Sur, durante más o menos un mes. Finalmente, nos vimos forzados a rendirnos a la evidencia por paradójica que nos pareciera: ¡sí, el continente americano se había hundido bajo las olas en su totalidad!

¿Así que habíamos sobrevivido sólo para conocer una vez más las aflicciones de la agonía? En verdad, teníamos motivos para creerlo. Sin mencionar los víveres que tarde o temprano faltarían, un peligro inminente nos amenazaba: ¿qué iba a ser de nosotros cuando el carbón se agotara y detuviera el andar de las máquinas? Sería como cuando el corazón de un animal exangüe deja de latir. Por tal motivo, el 14 de julio –entonces nos hallamos en las proximidades del emplazamiento antiguo de Buenos Aires– el capitán Morris dejó que los fuegos se apagaran y en su lugar se alzaran las velas. Luego reunió a todo el personal del Virginia, tanto a la tripulación como a los pasajeros y, exponiendo en pocas palabras nuestra situación, nos rogó que reflexionáramos a conciencia y propusiéramos las posibles soluciones a la asamblea que tendría lugar el día siguiente.

Ignoro si algunos de mis compañeros de infortunio dio con algún recurso más o menos ingenioso. Por mi parte, debo



confesar que vacilaba, muy confundido con respecto a la mejor elección a tomar, cuando una tempestad nocturna acabó con la cuestión; nos vimos obligados a huir hacia el Oeste, arrastrados por un viento desenfrenado, a punto de ser engullidos en todo momento por un mar enfurecido.

El huracán duró treinta y cinco días, sin que amainara un solo minuto, o diese señal de detenerse. Comenzábamos a desesperar de que algún día llegara a hacerlo, cuando el 19 de agosto, volvió el buen tiempo con tanta prontitud como había terminado. El capitán aprovechó para realizar sus mediciones: el cálculo dio 40° de latitud Norte y 144° de longitud Oeste. ¡Eran estas las coordenadas de Pekín!

¡Significada que habíamos pasado sobre la Polinesia, y probablemente por Australia, sin siquiera enterarnos, y en ese momento navegábamos en el sitio en donde se extendía la capital de un imperio de cuatrocientos millones de almas!

¿Había sufrido Asia la misma suerte que América?

Pronto no quedaron dudas al respecto. El Virginia continuó su rumbo Sudoeste y alcanzó la altura del Tibet, luego la del Himalaya. Allí deberían elevarse las cumbres más altas del globo.

Pues bien, en todas las direcciones, nada emergía de la superficie del océano. ¡Era de suponer que sobre la tierra ya no existía ningún otro punto firme que la del islote que nos había salvado: que éramos nosotros los únicos sobrevivientes de la

catástrofe, los últimos habitantes de un mundo enterrado en la movediza mortaja del mar!

Si así era, pronto pereceríamos. A pesar de un racionamiento severo, los víveres de a bordo se agotaban, efectivamente, y en consecuencia, teníamos que abandonar las esperanzas de renovarlos.

Abrevio el relato de esta penosa travesía. Si para exponerla en detalle, intentase revivir día a día, el recuerdo me volvería loco. Por extraordinarios y terribles que sean los hechos que le precedieron y la sucedieron, por angustioso que me parezca el futuro —un futuro que no llegaré a ver—, fue en el transcurso de esa navegación infernal cuando conocimos el mayor horror. ¡Oh! Esa eterna carrera a través de un mar sin fin. ¡Esperar todos los días llegar a alguna parte y ver como retrocedía continuamente el fin de nuestro viaje! ¡Vivir inclinados sobre mapas donde los hombres habían grabado la sinuosa línea de las costas y constatar que nada absolutamente había quedado de esos lugares que suponíamos eternos! ¡Decirse que la Tierra bullía de vidas innumerables, que millones de personas y millones de animales la recorrían en todas direcciones o surcaban los aires, y que todo ha dejado de existir al mismo tiempo, que todas esas vidas se han apagado juntas como una leve llama al soplo del viento! ¡Buscar sobrevivientes por todas partes, y buscar en vano! ¡Arribar paso a paso a la certeza de que nada vivo existe a nuestro alrededor, e ir tomando conciencia paulatinamente de la soledad en medio de un universo despiadado!



¿He dado con las palabras justas para expresar todas nuestras angustias? Lo ignoro. En ningún idioma deben existir términos apropiados para semejante calamidad.

Luego de haber explorado el mar en donde antes estaba la península India, subimos hacia el Norte durante unos diez días, después enfilamos rumbo al Oeste. Sin que cambiase nuestra situación franqueamos la cadena de los Urales, transformadas en montañas submarinas, y navegamos sobre lo que había sido Europa. Pronto bajamos hacia el Sur, hasta veinte grados pasando el Ecuador; luego de lo cual, harto de tan inútil búsqueda, remontamos el rumbo Norte y cruzamos, después de dejar atrás los Pirineos, una extensión de agua que cubría África y España. En verdad, comenzábamos a habituarnos a nuestro horror. A medida que avanzábamos, señalábamos nuestra ruta en los mapas, y exclamábamos: “aquí estaba Moscú... Varsovia... Berlín... Viena... Roma... Túnez... Timbuctú... Saint Louis...Orán... Madrid...”, pero cada vez con mayor indiferencia y amparados por el hábito, llegamos a pronunciar esas palabras sin emoción, cuando en verdad eran sumamente trágicas.

Sin embargo, yo al menos, no había agotado mi capacidad de sufrimiento. Me percaté de ello el día —era el 11 de diciembre, más o menos— en que el capitán Morris me dijo: “Aquí estaba París...” Ante semejantes palabras, creí que me arrancaban el alma. ¡Qué todo el universo se hubiese hundido, sea! ¡Pero Francia... mi Francia! ¡Y París, que la representaba!





A mi lado escuché un sollozo. Me di vuelta; era Simonat, llorando.

Continuamos navegando hacia el Norte aún por cuatro días; luego, cuando estuvimos a la altura de Edimburgo, bajamos hacia el Sudoeste, buscando Irlanda, después enfilamos rumbo al Este... A decir verdad, errábamos al azar, ya que no existían mayores motivos para tomar una dirección en lugar de otra...

Pasamos por encima de Londres, cuya líquida sepultura fue saludada por toda la tripulación. Cinco días más tarde, estábamos a la altura de Dantzig, cuando el capitán Morris ordenó girar en redondo y poner el timón hacia el Sudeste. El timonel obedeció inmutable.

¿Qué le importaba? ¿Acaso no sería lo mismo tomar cualquier rumbo?

Fue en el noveno día de navegación por esta nueva ruta cuando comimos nuestro último bocado de bizcocho.

Mientras cruzábamos miradas de espanto, el capitán Morris, de pronto, dio la orden de encender nuevamente los fuegos de las calderas. ¿Qué ideas regían su orden? Todavía me lo pregunto; pero la orden fue obedecida, y la velocidad del navío aumentó...

Dos días después, el hambre ya nos atormentaba cruelmente. En el segundo día, la mayoría de nosotros se negaba obstinadamente a levantarse; sólo contábamos el capitán Morris, Simonat, algunos tripulantes y yo, para proporcionar la energía que mantuviese el rumbo de la nave.



Al siguiente día – quinta jornada de ayuno – el número de timoneles y maquinistas generosos disminuyó aún más. En veinticuatro horas, ya nadie tendría fuerzas suficientes para mantenerse en pie.

Hacía más de siete meses que estábamos navegando. Desde hacía más de siete meses que surcábamos el mar en todas direcciones. Debía ser, creo yo, 8 de enero. Digo «creo» ante la imposibilidad en que me encuentro de ser más preciso, ya que para nosotros, en aquel momento, el calendario había perdido mucho de su rigor.

Ese día, sin embargo, mientras sosteníamos la barra del timón y me esforzaba en mantener el rumbo con atención desfalleciente, creí divisar algo al Oeste. Pensé que era juguete de un engaño y abrí los ojos de par en par...

¡No, no me había confundido!

Lancé un verdadero rugido, luego aferrándome al timón, exclamé a viva voz:

– ¡Tierra a estribor por delante!

¡Qué efecto prodigioso tuvieron esas palabras! Todos los moribundos resucitaron al mismo tiempo, y sus rostros macilentos irrumpieron sobre la banda a estribor.

– Sí, es tierra – dijo el capitán Morris, luego de estudiar la nube que se alzaba en el horizonte.

Media hora después, no cabía ninguna duda. ¡Lo que encontrábamos en pleno océano Atlántico era tierra, luego de

haberla buscado en vano sobre toda la extensión de los antiguos continentes!

Cerca de las tres de la tarde, pudimos distinguir en detalle el litoral que nos interrumpía el paso, y sentimos reavivarse nuestra esperanza. Porque en realidad este litoral no se asemejaba a ningún otro, y nadie de entre nosotros recordaba haber visto uno semejante, de tan absoluto y perfecto salvajismo.

En la Tierra, tal como la conocíamos antes de la tragedia, el verde era un color que abundaba. Ninguno de nosotros sabía de una costa tan alejada de la mano de Dios, una región tan árida que hasta carecía de arbustos, o de algún grupo de juncos, o simplemente capas de liquen o musgo. Allí no existía nada de eso. Sólo se vislumbraba un imponente acantilado negruzco, a cuyo pie yacía una confusión de roquedales, sin una sola planta o brizna de hierba. Era la desolación más cabal y absoluta que pudiera imaginarse.

Costeamos el abrupto acantilado durante dos días, sin hallar en él la menor hendidura. Recién por la tarde del segundo día encontramos una bahía amplia, bien protegida contra todos los vientos marinos, en cuyo fondo dejamos caer el ancla.

Luego de llegar a la costa en los botes, nuestra primera inquietud fue juntar alimentos en la playa. Esta se hallaba cubierta por centenares de tortugas y millones de mariscos. En los recovecos de los arrecifes se veían cantidades fabulosas de cangrejos, bogavantes y langostas, sin mencionar los peces.



Resultaba evidente que un mar poblado tan ricamente, a falta de otros recursos, nos permitiría subsistir un tiempo ilimitado.

Recobradas nuestras fuerzas, una hendidura del acantilado nos permitió alcanzar la meseta, donde descubrimos un espacio muy amplio. El aspecto de la costa no nos había engañado: por todas partes y en todas direcciones, no había más que rocas áridas, recubiertas de algas y de fucos casi todos resecos, sin una brizna de hierba, sin nada vivo, tanto sobre en la tierra como en los aires. Lagos pequeños, más bien charcos resplandecían aquí y allá bajo los rayos del Sol. Cuando quisimos calmar nuestra sed descubrimos que era agua salada.

Para ser sinceros, eso no nos sorprendió. Se confirmaba lo que ya habíamos sospechado desde un comienzo: a saber, que ese continente desconocido había nacido ayer, y que había emergido de las profundidades del mar en un sólo bloque. Eso explicaba asimismo la espesa capa de barro esparcida uniformemente que, luego de la evaporación, comenzaba a cuartearse en fino polvo.

Al mediodía del día siguiente, las mediciones marcaban 17° 20' de latitud Norte y 23° 55' de longitud Oeste. Cuando las trasladamos al mapa, vimos que se encontraban en medio del mar, más o menos a la altura del Cabo Verde. Y sin embargo, ahora, la Tierra hacia el Oeste y el mar hacia el Este, se extendían hasta donde la vista podía abarcar.

Por ingrato e inhóspito que fuera el continente en el que habíamos tomado tierra, estábamos forzados a contentarnos con él. Por tal motivo, se llevó a cabo sin demora la descarga del

Virginia. Sin elegir, subimos la meseta con todo lo que había y dejamos al Virginia anclado en una bahía, sin problema.

Ni bien comenzamos el desembarco, comenzamos nuestra nueva vida. Primeramente, convenía...

En este punto de su traducción, el zartog Sofr se vio obligado a interrumpirla. El manuscrito mostraba una primera laguna, muy importante por el número de páginas afectadas, laguna acompañada de otras varias todavía más considerables. A pesar de la protección del estuche, era evidente que gran cantidad de páginas habían sido víctimas de la humedad: en consecuencia, sobrevivían sólo algunos fragmentos de diferente extensión, cuyo contexto se halaba arruinado para siempre en forma indefectible. Se sucedían en el orden que sigue:

...nos empezamos a aclimatar.

¿Cuánto hace que desembarcamos en este litoral? No estoy seguro. Se lo pregunté al doctor Moreno que lleva un calendario de los días transcurridos. Me respondió: “seis meses...” y agregó “días más, días menos”, pues teme haberse equivocado.

De vez en cuando atrapamos algún pájaro: la atmósfera no está tan desierta como supusimos al comienzo, una docena de conocidas especies están representadas sobre este continente nuevo. Son aves que recorren exclusivamente la larga distancia: golondrinas, zapateros, albatros y algunas más.



Supongo que no deben encontrar su alimento en esta tierra desprovista de vegetación pues no cesan de girar por encima de nuestro campamento, al acecho de nuestras exiguas comidas. A veces recogemos alguna muerta por el hambre, lo que nos permite ahorrar pólvora y balas de fusil.

Afortunadamente, existen oportunidades de que la situación no empeore. En la bodega del Virginia hallamos una bolsa de trigo, y sembramos la mitad. El trigo será una mejora importante cuando crezca. Ahora bien: ¿germinará? Una espesa capa aluvional cubre el suelo, un lodo arenoso enriquecido por algas en descomposición. Por más pobre que sea su calidad no deja de ser humus. Cuando llegamos se encontraba impregnado de sal; pero a partir de entonces, la superficie ha sido copiosamente lavada por lluvias diluvianas, porque ahora todas las depresiones están llenas de agua dulce.

Sin embargo, la capa aluvional está desprovista de sal solamente en un espesor muy delgado: los arroyos, así como los ríos, que comienzan a formarse, son todos muy salobres lo cual demuestra que la capa está todavía muy saturada en su base.

Para sembrar el trigo y conservar en reserva la otra mitad, casi tuvimos que pelear: una parte de la tripulación del Virginia deseaba hacer pan inmediatamente. Estuvimos obligados a...

...que cuidábamos a bordo del Virginia.

Ambas parejas de conejos se salvaron en el interior, y dejamos de verlos. Deberán haber encontrado con que alimentarse. Según creemos, la producirán entonces...



...Por lo menos dos años que estamos aquí. El trigo creció formidablemente. Poseemos pan casi a discreción, nuestros campos son cada vez más extensos. ¡Pero qué pelea contra las aves! Se multiplican de extraña manera y alrededor de todas nuestras plantaciones!

A pesar de las muertes que referí más arriba, no sólo no se ha reducido, sino que ha aumentado. Mi hijo y mi pupila han dado a luz tres hijos, y cada una de las otras tres parejas, otros tantos. Toda esta población revienta de salud. Pareciera que la raza humana es dueña ahora de un vigor mayor, de una vitalidad más intensa, desde que su número se ha visto disminuido. Pero qué motivos...

...En este lugar desde hace diez años, y nada sabemos del continente. Lo conocemos apenas en un radio de algunos kilómetros a la redonda del sitio en que desembarcamos. Quien nos ha hecho avergonzar de nuestra indiferencia es el doctor Bathurst: debido a su insistencia equipamos el Virginia lo que nos llevó cerca de seis meses, y llevamos a cabo un viaje de reconocimiento.

Hemos recorrido todo el contorno del continente y, todo parece indicarlo, sería junto con nuestro islote, la última parcela sólida existente sobre la superficie del globo. Todas sus orillas nos parecieron similares, muy ásperas y muy salvajes.

Interrumpimos la navegación para realizar numerosas excursiones al interior. Ante todo esperábamos hallar rastros de



las Azores y de la Isla de Madeira, ubicadas antes de la hecatombe, en el Océano Atlántico. No reconocimos el más leve vestigio.

¡Para nuestro asombro, no hallábamos lo que buscábamos, pero hallamos lo que no buscábamos! A la altura de las Azores, medio enterrados en la lava, ante nosotros aparecieron pruebas de un trabajo humano, aunque no del trabajo de los moradores de esas islas. Eran vestigios de columnas y vasijas, diferentes de las que conociéramos jamás. Luego de examinarlas, el doctor Moreno manifestó la idea de que tales restos debían provenir de la antigua Atlántida, y que habían asomado a la luz del día por el flujo volcánico.

Es probable que el doctor Moreno tenga razón. Efectivamente, en caso de existir, la antigua Atlántida habría ocupado más o menos el lugar del nuevo continente. En tal caso, sería bastante singular que en el mismo sitio se hubiesen sucedido tres humanidades que no procedían una de la otra.

Como quiera que fuese, debo admitir que el problema no me incumbía: ya bastante tenemos que hacer con el presente, como para andar ocupándonos del pasado.

Cuando volvimos a nuestro campamento, nos sorprendió el hecho de que, comparadas con el resto de la región, nuestras inmediaciones parecían una zona privilegiada. Esto sólo se refiere al color verde, tan profuso en la naturaleza de antaño, y que, mientras en el resto del continente se halla radicalmente suprimido, aquí no es del todo desconocido. Esa observación nunca la habíamos hecho hasta entonces, pero resulta algo





innegable. Briznas de hierba que no existían al momento de nuestra llegada, brotan alrededor de nosotros con bastante abundancia. Por lo demás, pertenecen únicamente a un pequeño número de especies de las más vulgares, cuyos granos es evidente, fueron traídos por las aves hasta aquí.

De lo anterior, no debería afirmarse que no hay más vegetación que esas pocas especies antiguas. Por el contrario, gracias a un trabajo de adaptación muy extraño, existe una vegetación en estado muy promisorio, si bien rudimentario, sobre todo el continente.

Cuando surgió de entre las olas, las plantas marinas que lo cubrían perecieron en su mayoría con la luz del Sol. Sin embargo, algunas persistieron en los lagos y en los charcos que poco a poco ha ido resecaando el calor. Pero en este tiempo comenzaban a nacer ríos y arroyos, mucho más propicios para la vida de los fucos y las algas, por tener agua salada. Cuando la superficie, y más tarde la profundidad del suelo, se quedó sin sal y cuando el agua se tornó dulce, una enorme mayoría de estas plantas quedaron destruidas. No obstante, una cantidad pequeña pudo adaptarse a las nuevas condiciones de vida, y prosperó en el agua dulce al igual que lo había hecho en el agua salada. Pero el fenómeno no se interrumpió allí: algunas de esas plantas –luego de adaptarse al agua dulce– se adaptaron al aire libre, dotadas de una mayor facultad de transformación, y aparecieron primeramente sobre las riberas y después avanzaron poco a poco hacia el interior.



Fuimos testigos de dicho cambio, pudimos comprobar cuantas formas mutaban adaptando su funcionamiento fisiológico. Algunos tallos ya se alzaban hacia el cielo. Se puede prever que algún día una flora entera será creada en detalle, y que estallará una lucha encarnizada entre las especies nuevas y las que proceden del antiguo orden de cosas.

Lo que sucede con la flora sucede también con la fauna. En los alrededores de las corrientes de agua se ven antiguos animales marinos, mayormente moluscos y crustáceos, en el proceso de convertirse en terrestres. El aire es surcado por peces voladores que tienen más de aves que de peces, cuyas alas han crecido enormemente y cuya cola curva les posibilita...

El último fragmento estaba intacto y contenía el final del manuscrito:

...todos viejos. El capitán Morris murió. El doctor Bathurst tiene sesenta y cinco años; el doctor Moreno sesenta; yo, sesenta y ocho. Pronto dejaremos de existir todos nosotros. No obstante, antes llevaremos a cabo la tarea estipulada y, mientras nos sea posible, iremos en auxilio de las futuras generaciones, en la lucha que les aguarda.

¿Pero llegarán a ver la luz estas generaciones del porvenir?

Juraría que sí, teniendo en cuenta la multiplicación de mis semejantes: los niños pululan y, además, al amparo de este clima saludable, en esta tierra donde los animales feroces son

desconocidos, la longevidad es un hecho. La importancia de nuestra colonia se ha triplicado.

Contrariamente, juraría que no, si pienso en la abismal decadencia intelectual de mis compañeros de infortunio.

En verdad, nuestro pequeño grupo de náufragos podría haber sacado provecho del saber humano: contaba con un hombre particularmente enérgico –el capitán Morris–, dos hombres más instruidos que lo común –mi hijo y yo–, y dos sabios auténticos: los doctores Bathurst y Moreno. Con semejante equipo se podría haber hecho algo... Nada se hizo. La preservación de nuestra vida material, ha sido desde el comienzo –y aún lo es–, nuestra preocupación. Como al principio, empleamos nuestro tiempo en buscar alimentos y, por la noche, caemos extenuados en un profundo sueño.

Desgraciadamente, está claro que la humanidad –de la que somos sus únicos representantes–, va en camino de una veloz regresión y tiende a aproximarse a lo animal.

Entre los marineros del Virginia –gente ya inculta en otros tiempos– los rasgos de animalidad sobresalieron primero; mi hijo y yo ya no recordamos lo que sabíamos; los doctores Bathurst y Moreno también han dejado de ejercitar su cerebro. Podría decir que nuestra vida cerebral ha sido suprimida.

¡Resulta afortunado que hayamos hecho, hace tantos años, la circunnavegación de este continente! Hoy careceríamos del valor necesario... Y, además, quien comandó la travesía, el



capitán Morris, ha muerto, lo mismo que ha muerto de abandono el Virginia, que nos llevó.

Al comienzo de nuestra vida aquí, algunos de nosotros emprendimos la construcción de viviendas. Construcciones que jamás terminamos, hoy convertidas en ruinas. Dormimos sobre la tierra, en todas las estaciones del año.

Hace ya mucho tiempo que nos quedamos sin vestimentas con que cubrirnos. Durante algunos años, nos la arreglamos para reemplazarlas por algas tejidas de una manera bastante ingeniosa al principio, luego más tosca. Pronto nos hartamos de este esfuerzo que las bondades del clima vuelve innecesario: vivimos desnudos, como los que antaño llamábamos salvajes.

Sin embargo, aún persisten algunos signos de nuestras antiguas costumbres, ideas y sentimientos. Mi hijo, Jean, hombre ya maduro y abuelo, no ha perdido del todo el sentimiento afectivo, y Modesto Simonat –mi ex chofer– conserva cierta reminiscencia de que yo alguna vez fui su patrón.

Pero con ellos, con nosotros, esas vagas huellas de los hombres que fuimos –porque, a decir verdad, ya no somos hombres–, terminarán por desvanecerse para siempre. La gente del futuro que nazca aquí no conocerá jamás otra existencia. La humanidad será reducida a estos adultos –los tengo ante mis ojos, mientras escribo– que no saben leer, escribir ni contar; y apenas saben hablar; a estos niños de afilados dientes, que sólo parecen ser un vientre insaciable. Después de ellos vendrán después otros adultos y otros niños,



cada vez más cercanos al animal, cada vez más alejados de nuestros abuelos pensantes.

Parece que los estuviera viendo a esos hombres futuros, apartados del lenguaje articulado, extinguida su inteligencia, cubierto el cuerpo de gruesos pelos, deambulando por este triste desierto.

¡Pues bien! Queremos evitar que así sea. Haremos que los logros de la humanidad a la que pertenecemos, no se pierdan en el olvido. El doctor Bathurst, el doctor Moreno y yo, despabilaremos nuestros cerebros entumecidos, los forzaremos a recordar lo que alguna vez supimos. Repartiendo el trabajo sobre este papel y con esta tinta proveniente del Virginia, enumeraremos todos nuestros conocimientos, en las diferentes categorías de la ciencia, con la finalidad de que los hombres, en caso de perdurar, y luego de un tiempo de salvajismo más o menos extenso, cuando sienta renacer dentro de ellos su sed de luz, encuentren este resumen del trabajo que han hecho sus antecesores. ¡Podrán bendecir así la memoria de los que se esmeraron, por si acaso, para abreviar el doloroso camino de hermanos que nunca se verán!

### Al borde de la muerte

Hace quince años que las líneas precedentes fueron escritas. El doctor Bathurst y el doctor Moreno han muerto. De los que desembarcamos aquí, yo soy prácticamente el único que queda, y uno de los más viejos. Pero pronto la muerte va a alcanzarme



a mí también. La siento trepar desde mis fríos pies hasta mi corazón que se detiene.

Nuestro trabajo ha llegado a su fin. Guardé los manuscritos con nuestro resumen de la ciencia humana, en una de las cajas del Virginia, y la enterré muy hondo en el sueño. Con ella, enterraré varias páginas enrolladas en un estuche de aluminio.

¿Alguna vez será encontrado el depósito confinado a la tierra? ¿Lo buscará alguien al menos?

¿Depende del destino! ¡De Dios...!

Mientras el zartog iba traduciendo el curioso documento, una especie de horror oprimía su alma.

¡Vaya! ¿Significaba que la raza de los Andart'-Iten-Schu descendían de aquellos hombres que, luego de haber recorrido durante largos meses los océanos desiertos, habían encallado finalmente en ese sitio de la costa donde ahora se erguía Basidra?

¡De modo que esas criaturas miserables habían pertenecido a una humanidad esplendorosa, al lado de la cual, la actual apenas si lograba balbucear! Y sin embargo, ¿qué había sido necesario para que la ciencia y hasta el recuerdo de esos pueblos gloriosos quedasen abolidos para siempre? Menos que nada: que un imperceptible estremecimiento atravesara la corteza del globo.



¡Qué percance irreparable que los manuscritos señalados por el documento hayan sido destruidos junto con la caja de hierro que los contenía! Pero, por grave que fuera tal percance, era imposible guardar alguna esperanza, pues los obreros, para cavar los cimientos, habían removido el suelo en todas las direcciones. Resultaba evidente que el hierro se había corrompido con el tiempo, mientras que el estuche de aluminio aguantaba victorioso.

Por otra parte, no hacían falta más elementos para que el optimismo de Sofr se viera inevitablemente convulsionado. Si el manuscrito omitía todo detalle técnico, prevalecía en indicaciones generales y probaba de manera contundente que la humanidad había avanzado tiempo atrás sobre el camino de la verdad más de lo que lo hizo después.

En aquel relato constaba todo; las nociones que Sofr manejaba, y otras que jamás se hubiera atrevido a imaginar. ¡Hasta la explicación del nombre de Hedom, a raíz sobre el cual se habían entablado tantas inútiles discusiones! Hedom era una variación de Edem, que lo era a su vez de Adán, nombre que a su vez sería variación de alguna palabra más remota.

Hedom, Edem, Adán, es el símbolo eterno del primer hombre, y también es una explicación de su llegada sobre la Tierra. Por cierto, Sofr había negado equivocadamente a este ancestro, cuya realidad se hallaba confirmada sin ninguna duda por el documento, y es el común de la población que tenía razón al otorgarse tales antepasados. Pero, tanto en ese sentido, como en todos los demás, los Andart'-Iten-Schu no habían



inventado nada. Se habían conformado con decir una vez más lo que ya había sido dicho antes que ellos.

Y cabe suponer, después de todo, que los contemporáneos de quien escribiera el relato no hayan inventado demasiado. Es probable que sólo hayan recorrido nuevamente, ellos también, el camino realizado por otras humanidades surgidas antes que ellos

¿Acaso el manuscrito no hacía referencia a un pueblo de los atlantes? Y de estos atlantes, eran sin duda, los restos casi impalpables que se habían descubierto gracias a las excavaciones de Sofr sobre el limo marino. ¿Qué grado de verdad había alcanzado esa antigua nación al momento de ser barrida de la faz de la Tierra por la invasión del océano?

Como fuere, después de la catástrofe nada había quedado de su obra, y el hombre se vio obligado a retomar su ascensión, hacia la luz, desde el pie de la montaña.

Tal vez lo mismo sucediera con los Andart'-Iten-Schu. Tal vez lo mismo sucedería después de ellos, hasta el día...

¿Pero llegaría alguna vez el día en que el deseo insaciable del hombre quedara plenamente satisfecho? ¿Llegaría alguna vez el día en que, habiendo trepado la cuesta, pudiese descansar al fin en la cumbre conquistada?

Así se debatía el zartog Sofr, inclinado sobre el venerable manuscrito.





Mediante ese testimonio de ultratumba, imaginaba el terrible drama que se desarrollaba perpetuamente en el universo, y su corazón rebosaba de piedad.

Sangrando por los incontable males que había padecido todo lo que vivió antes que él, doblándose debajo el peso de esos vanos esfuerzos acumulados en la infinitud de los tiempos, el zartof Sofr-Ai-Sr adquiría, lenta y dolorosamente, la íntima certeza del eterno recomienzo de las cosas.

